



Roberta Garza

¿Si todos fuéramos intolerantes?

Llanto y crujir de dientes cuando el Distrito Federal legaliza las bodas entre homosexuales; llanto y crujir de dientes cuando alguien llama anormal al sexo gay; llanto y crujir de dientes cuando un conductor como Esteban Arce hace los comentarios para los cuales fue contratado, que nunca ha sido la intención el pasar desapercibido con un micrófono frente a la boca; llanto y crujir de dientes cuando se pide sacarlo del aire y llanto y crujir de dientes cuando *Norbruto Reburro* dice lo que todos sabemos debe decir. El asunto es que quizá no seamos una sociedad laica ni demasiado bien informada, pero vaya que sabemos indignarnos.

La realidad es que la aceptación de un contrato que regulariza la situación jurídica de dos personas no debía levantar tanta paja, al margen de que el sexo gay sea de lo más normal —oséase, común, frecuente— en el reino animal, sobre todo entre sus mamíferos más evolucionados y receptivos al placer; de que la Iglesia católica hoy difícilmente ostente calidad moral alguna como para poder opinar de cualquier cosa; de que los traumas infantiles a los que aluden ONG conservadoras con respecto a los niños adoptados por parejas homosexuales tienen más que ver con el prejuicio y rechazo de la sociedad circundante que con la condición de la pareja y de que nuestros comentaristas rara vez destellan por el rigor de su análisis o por el filo de su elegante humor.

Todo esto me lleva a sospechar que aquí

el asunto no es ser tolerante ni tratar de construir una sociedad mejor, más libre o más abierta, sino, simplemente, indignarse. Y entre más indignados, mejor: esta santa indignación no nos hará más laicos, más tolerantes o más ilustrados, pero sí marcará nuestro grado de filiación a un grupo o a una comunidad: a la de los progres, a la de los conservadores, a la de los jipis, a la de los fresas que tienen un amigo gay para sentirse menos fresas o a la de los que ostentan su apellido compuesto y de retintín castizo. Lo demás es lo de menos; una causa como cualquier otra que ya pasará de moda.

Lo que hay que preguntarse aquí es, cuando discutimos cualquier cosa, en México, ¿qué buscamos?: ¿Igualdad de derechos? ¿Apertura, libertad de expresión plena, pluralidad? ¿Sacar la reforma energética, electoral, fiscal? ¿O queremos simplemente refrendar nuestra pertenencia a un club, a una filiación, a una postura ideológica y moral, cualquiera que ésta sea para cosechar, sin importar el subtexto, mayores filiaciones?

Hay que preguntárnoslo. ■ M
roberta.garza@milenio.com

La aceptación de un contrato que regulariza la situación jurídica de dos personas no debía levantar tanta paja. Esto me lleva a sospechar que el asunto no es ser tolerante ni tratar de construir una sociedad mejor, sino, simplemente, indignarse

